

conversación con...

Manuel Fernández Álvarez

Textos y fotografías **Arantza Diez**

La Historia con sus luces y sus sombras

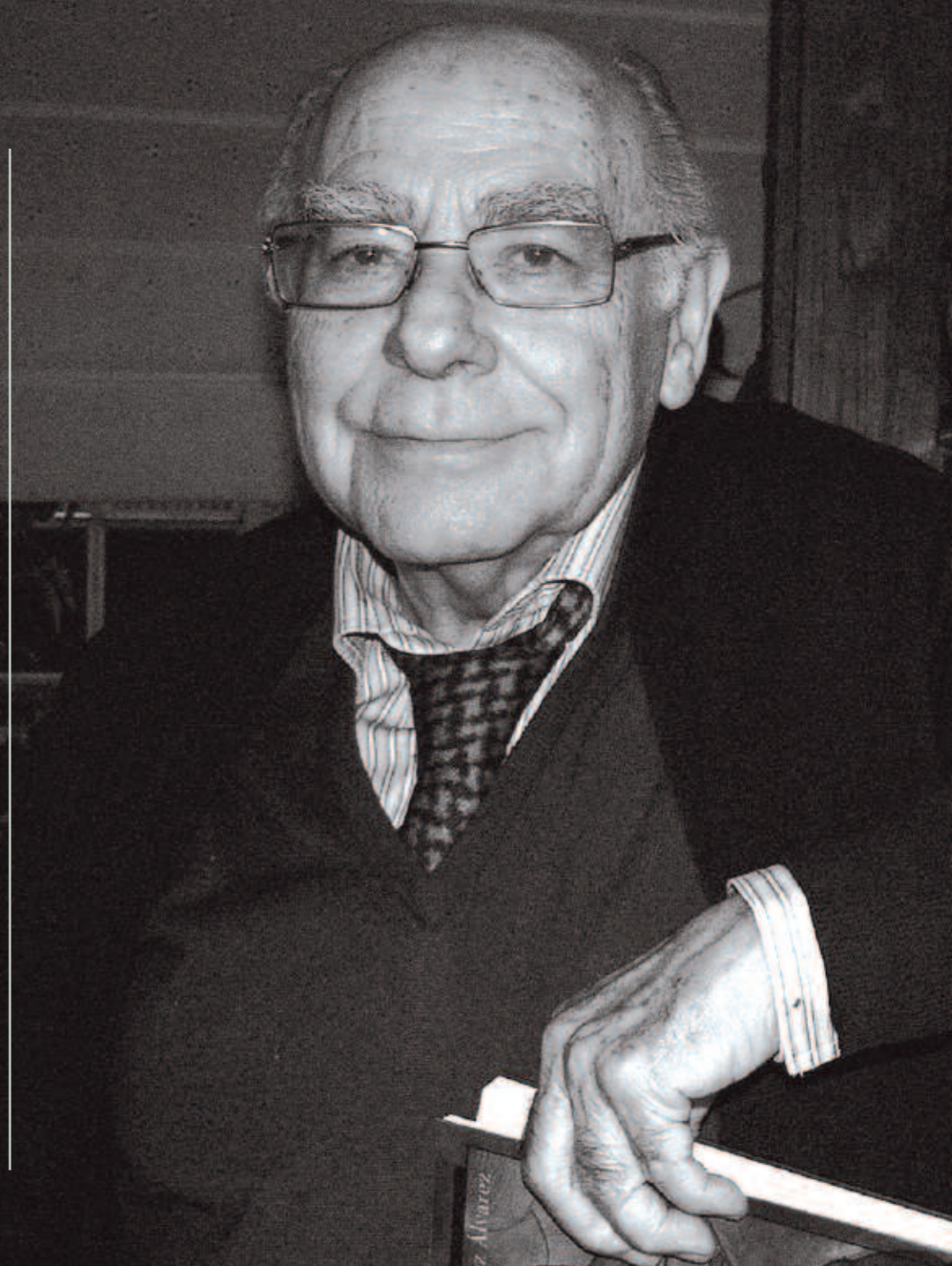
A sus ochenta y siete años, don Manuel rebosa simpatía y sabiduría. Mantiene intacta la curiosidad que, ya de adolescente, le llevó a adentrarse en los libros cuando entró a trabajar en la biblioteca de Oviedo, recién bombardeada por la revolución del 34. Nos recibe en su casa de Salamanca, en un día lluvioso y fresco de octubre. Conversamos de la Historia y del presente, de las grandes figuras del siglo *xvi* que le cautivaron y también del amor de su vida, Marichún, su esposa, ahora enferma. Pero, como él mismo nos cuenta, ni como historiador ni como ser humano puede uno dejarse engañar. Y don Manuel afronta cada nuevo paso con la mirada límpida y quieta del sabio.

La primera pregunta es obligada. ¿Qué es el siglo *xvi*, qué encontró en él para dedicarle toda una vida?

No te voy a decir que es un siglo más espléndido que otro, porque sería absurdo, cada época tiene sus encantos. El siglo *xvi* es el siglo de la culminación del Renacimiento y, ese brillo que tiene el Renacimiento ya es algo fascinante. Ahora bien, es un siglo que al mismo tiempo tiene el contraste de lo penoso, ahí está la Inquisición, una página dolorosa, que te atormenta, pero de la que tienes que hablar. No la puedes esconder, porque no sería justo y porque estarías deformando el pasado. De manera que el *xvi* tiene también ese interés en profundizar en por qué el ser

humano pudo llegar a esa aberración de construir un aparato formidable de hacer el mal, porque la Inquisición es como una fábrica de dolor, nos ofrece estampas terribles, y eso también hay que contarlo. A mí me apasiona evocar esa España y tratar de redescubrir a figuras como la de Fray Luis de León, perseguido por la Inquisición por luchar por la libertad. Además, es la época de la España imperial, pero también de la España del Lazarillo de Tormes, de aquel que, en ausencia de su amo, descubre un arca llena de hogazas de pan y exclama: ¡mi paraíso panal! Así que ahí lo tienes, el siglo *xvi*, por sus contrastes, y por muchas piezas más, te fascina.

Manuel Fernández Álvarez, (Madrid, 1921). Miembro de la Real Academia de la Historia, profesor emérito de la Universidad de Salamanca y del Colegio Libre de Eméritos, ha dedicado más de cincuenta años al estudio del siglo *xvi*, fruto de los cuales son su obra magna *Carlos V, el César y el hombre* (VI Premio Don Juan de Borbón al libro del año en 1999), el monumental *Corpus documental de Carlos V* y el ensayo *Carlos V: un hombre para Europa*. También es autor de los títulos *Isabel la Católica*; *Carlos V*; *Felipe II y su tiempo*; *Jovellanos, el patriota*; *El fraile y la Inquisición*; *Casadas, monjas, ramerías y brujas*; *Sombras y luces en la España imperial*; *Cervantes visto por un historiador* (Premio Quijote del Año de la Sociedad Cervantina de Esquivias); *La gran aventura de Cristóbal Colón*; *El Duque de Hierro*. *Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba* y las novelas históricas *El príncipe rebelde* y la trilogía *Dies irae*. En 2007 publicó *Diario de un estudiante en tiempos de la Guerra Civil*, su biografía durante esa época. Su última obra, *Pequeña historia de España* (2008), está pensada para niños y adolescentes. Publicados en Espasa, todos sus libros han recibido el aplauso unánime de la crítica y de los lectores. Entre los numerosos premios que ha recibido, destacan el Premio Nacional de Historia (1984), el Premio Don Juan de Borbón al Libro del Año (1999), el Premio Ortega y Gasset de Ensayo y Humanidades (2005) y la Medalla de Oro de la Ciudad de Salamanca (2005).



“Felipe II es un rey de grandes contrastes, tiene aciertos, pero también es un rey implacable con momentos verdaderamente penosísimos”

¿Qué mentalidad lleva a crear la Inquisición?

Un fanatismo increíble y penosísimo.

¿Usted cree que es asimilable a los fanatismos religiosos de hoy día, como los que provocan la *yihad* islámica?

No es una guerra santa, la Inquisición no se enfrenta a otros países, sino que entra en el conflicto entre el Estado y el individuo, y ahí es donde se centra el fanatismo, tan horroroso, que lleva al punto de quemar a una pobre señora por haber comido gallina en Cuaresma; ¡por haber comido gallina! Es que se le abren a uno las carnes. En la Real Academia, por ejemplo, hay un documento que me impresionó, es un texto de Fray Luis de León en el que habla del amor divino en términos muy quintaesenciados. En una de sus páginas, al margen, se puede leer en letra muy clara y de fuerte trazo la anotación del censor inquisitorial de turno, que escribe: “no sé qué quiere decir esta bestia”. Increíble, ese inquisidor sí que era un bestia, no el gran Fray Luis.

El *xvi* también es un siglo de grandes monarcas. Usted ha biografiado a Carlos V y a Felipe II. ¿Son dos reyes muy diferentes?

Felipe II me parece un rey de grandes contrastes, un rey que tiene aciertos notables, como la decisión –aun cuando le aconsejan lo contrario– de mantener las Filipinas como el único enclave occidental en el mundo oriental. De manera que tiene aciertos, pero al lado de eso hay momentos verdaderamente penosísimos que muestran a un rey implacable. A mí, como figura regia, la que me llamó la atención fue la de Carlos V, porque era un hombre más caballeroso, con otro sentido de la vida. Felipe II era más maquiavélico, para él la razón de estado puede permitir cualquier barbaridad, incluso el asesinato, como

ocurrió con Juan de Escobedo. Esto en Carlos V es impensable, para él, el político no podía trabajar al margen de la moral y de la ética. Tenía un sentido ético muy profundo.

Y de todos los personajes sobre los que ha escrito, ¿con cuál se queda?

Sin duda alguna, ahí está Miguel de Cervantes. Y no lo digo porque tiene que ser así, es que verdaderamente es una figura increíble: se adelanta a su tiempo, a través de sus obras ofrece soluciones a problemas sociales, como el drama de la madre soltera, que debía abandonar a su hijo para no manchar el honor de la familia. El abandono de criaturas provocó un auténtico infanticidio en aquella época y Cervantes supo encontrar la fórmula para evitarlo; en una de sus novelas, la familia, con la madre soltera y el hijo, se marcha lejos de la ciudad y regresa al cabo de los años. Fingen que la criatura es hija de la abuela y que la madre es la hermana. Te encuentras muchos casos en Cervantes en que verdaderamente él ve las barbaridades que se cometen y entonces inventa algo y trata de encontrar una solución razonable. Es un personaje que me enamora plenamente, cualquier español se identifica fácilmente con Cervantes. Para mí es una referencia impresionante. Y además es un gran poeta, aunque no supiera enhebrar versos, su prosa es pura poesía.

Trabajar el *siglo xvi* no fue fácil, sus colegas de universidad le trataron de carca.

Exactamente. Yo estaba trabajando la figura de Felipe II y, al saberlo, un colega me preguntó si yo era carca. Bueno, carca será cómo trate el tema, no el tema en sí, pero sin embargo, él no había leído mi trabajo. Pero no fue esa la única vez que me tacharon de carca, llegaron a criticar un trabajo mío sobre Copérnico diciendo que era el típico



Estatua de Fray Luis de León en el Patio de las Escuelas de Salamanca.

ejemplo de la tesis tradicional de la historiografía más triunfalista, cuando yo decía todo lo contrario. Demostraba, con documentos, que la universidad de Salamanca estudiaba y leía a Copérnico pero que no seguía su teoría heliocéntrica sino un famoso calendario astrológico. Sin embargo, la tesis tradicional defendía que la Universidad de Salamanca no era oscurantista. Qué le vamos a hacer, yo era un típico carca que seguía la tesis de los carcas.

¿Aún le pasa?

Pues no lo sé, la verdad, yo creo que ya me han olvidado. Pero había incluso un término despectivo, *el Manolito* me llamaban. Es incomprensible, en plena dictadura, cuando un estudiante mío iba a la cárcel, los únicos que íbamos a visitarle éramos otra profesora y yo, y exigíamos ver a nuestros alumnos. Ningún otro profesor se atrevía a hacerlo, hacían proclamas maravillosas, pero, por miedo, no iban a la cárcel. Actualmente, una asociación cultural vinculada a UGT me pide colaboración constante. Soy gran amigo de Alfonso Guerra. En definitiva, me asombra que me haya caído ese sambenito.

Paradójicamente, justo cuando empieza a investigar sobre Felipe II, otro colega le advierte de que si publica su trabajo va a destrozarse su carrera. Muestra a un rey alejado de la versión oficial.

Cuando yo ya había terminado la tesis doctoral, quise hacer una semblanza de Felipe II, y entregué un breve artículo, donde escudriñaba un poco sobre la personalidad del rey y hasta qué punto era o no representante de la España de aquel tiempo. Al leerlo, uno de los maestros de la Historia de entonces, Antonio Ballesteros, me dijo: “como amigo le voy a decir una cosa, no se le ocurra publicar esto”. Pero yo lo publiqué.

¿Y destrozó su carrera?

No, si a mí no me leía nadie. Yo era como el triste personaje del humorista que decía que no hay cosa más triste que un escritor sin lectores. Y si me leían no memorizaban mi nombre. Pasaba desapercibido. Hasta el punto de que en la época de Franco escribí un artículo en el que defendía una postura socialista y, claro, se publicó, porque no llegó a pasar por la censura. Los censores estaban para censurar a la gente importante, pero lo mío ni lo leían, no tenían tiempo para eso, era divertidísimo. No era conocido. Además, mi tesis doctoral, el *Corpus documental de Carlos V*, no se publicó completa hasta 1981, diez años después de acabarla. La hice con una ayuda de la Fundación March, pero el presupuesto no incluía la publicación de un trabajo de once tomos. Al final, gracias al apoyo de la universidad de Salamanca y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas conseguí publicarla poco a poco.

Lo cierto es que la Historia no es una ciencia exacta. ¿Hasta qué punto la personalidad y la ideología del historiador marcan tanto el tema como la forma de tratarlo?

No hay nada tan peligroso como querer dejarse engañar, en todos los aspectos, también en el afectivo. Es como cuando ayer, en la residencia, vi por primera vez a Marichún [su esposa] en silla de ruedas, me causó una

impresión... y luego, volviendo a casa, me decía: bueno, Manolo, piensa que por lo menos no sufre dolores. En fin, qué manera de dejarme llevar, porque la estampa no puede ser más dolorosa. Es verdad, a veces te dejas engañar, y naturalmente si tú tienes alguna tendencia, por alguna razón hay una fuerza interior que te lleva a ver las cosas de una manera especial, ahora bien, si tienes un poco de honradez no puedes engañarte a ti mismo, qué mas quisiera yo que no encontrarme con estampas como las que nos da la Inquisición en el siglo XVI, pero me encuentro con ellas y no las puedo silenciar. Pero está claro, el historiador debe ser el primer crítico de su obra.

Usted empieza su carrera joven, le reconocen su trabajo en el extranjero antes que en España y, finalmente, ya octogenario, empieza a publicar libros que lideran los rankings de ventas en todo el país.

Así es la cosa, claro, ahora hay gente que me para por la calle y todo. Me pasan cosas así, pero éstas son las partes gratas del trabajo, cuando parece que empiezas a entrar en la gente, pero además, en la gente sencilla.

Pero el mérito no es tanto de la gente sencilla que le lee como suyo por conseguir despertar su interés.

Es verdad que en un momento determinado yo veo que tengo que hacer algo para mi gente, para este pueblo mío, para esta gente sencilla que quiere saber una serie de cosas y que se encuentra con unos libros que no hay quien les hinque el diente. Yo soy un hombre insignificante, sencillo, pero mi pluma no, porque yo no sé qué pasa pero de repente salen cosas bonitas, y yo mismo digo: bueno, pues no está mal. Pero en contraste con esto he vivido situaciones de menosprecio total hacia mí, como cuando en 1987 la familia de Gregorio Marañón se negó a que yo glosara su figura en el homenaje que organizó la Real Academia en motivo del centenario de su nacimiento. No sabían quién era Fernández Álvarez y pidieron un académico de prestigio. Me supo mal porque yo iba a volcarme en Marañón, una persona a la que admiraba muchísimo, que siempre me

trató con gran afecto y cuya muerte lloré como si fuera un pariente cercano. Bueno, tuvieron su castigo, la glosa la escribió el Padre Batllori a partir del epistolario inédito que cruzaron Marañón, desde París, y Melchor Fernández Almagro. Y claro, como Marañón quería regresar a España, en sus cartas lanzaba alabanzas a Franco, decía cosas como que era la espada de Occidente. ¡Qué iba a decir el pobre, si quería regresar! Y eso lo reflejó Batllori en su glosa, que se leyó delante de la familia y de la plana mayor del gobierno del PSOE de entonces. En fin, esta anécdota explica un poco todas las veces que he sido menospreciado. A fin de cuentas, tampoco me importa mucho, yo soy un hombre de la calle, por eso sé lo que es la calle y eso me permite ser el eco de esa gente, por eso escribo para ellos y por eso ellos me leen, porque saben que no soy un engolado, cada uno hace lo que puede.

Volviendo al siglo XVI, ¿qué aprende un historiador que entra tan a fondo en la época en que nace el estado moderno cuando la compara con la política de la actualidad?

Políticamente hablando, la España actual viene de los Reyes Católicos, el estado de las autonomías vuelve a Fernando e Isabel. A pesar de la unión de las dos Coronas, la de Aragón tenía su justicia propia, su lengua propia, sus cortes propias, gozaba de una gran autonomía, tenían en común, eso sí, la religión y, naturalmente también el rey, que era el mismo para las dos Coronas. Pero incluso después, Felipe II tendrá como título príncipe de las Españas. Cuando usaba el sello que incluía toda su proclamación regia aparecía como rey de Castilla, de Aragón, de Valencia y de las dos Sicilias y conde de Barcelona. Es decir, estamos ante un estado, no ya moderno –como se iba a ver luego en la Francia del siglo XVII con Luis XIV, que es el estado absolutista– sino modernísimo, es el estado contemporáneo, el de las autonomías. La reina Isabel une las dos Coronas con un respeto profundo a las diferencias.

Sí, pero con una clara voluntad imperialista y queriendo crear una gran nación.

Sí, yo creo que en ese sentido a Cataluña debieron haberle interesado más de lo que le interesaron las empresas universales de la Corona, pero ahí sale el pensamiento de Ortega, una nación lo es cuando hay un proyecto común, eso es lo que hace una nación. Si realmente no existe ese proyecto común cada cual irá bailando a su aire, y ese afán de algo común lo pudo hacer la España imperial y yo creo que allí hubo un fallo porque no lo logró plenamente.

¿Y quién lo logra?

Verdaderamente, luego se fuerza mucho la historia, porque los Borbones quieren lograr esa unidad a base de castellanizar la corona de Aragón, y eso es ir contra la fuerza de la historia, contra el espíritu de los pueblos, es una aberración. Y de ahí precisamente nace ese malestar tan profundo que late, todavía hoy, en el pueblo catalán, lo que hizo que en Cataluña hubiera una gran aversión hacia Felipe V. No se pueden hacer cosas que hieran los sentimientos de un pueblo de esa manera tan profunda, eso es una barbaridad.

“En el estado de las autonomías hay que buscar la armonía”



“No se puede ir contra la fuerza de la historia ni contra el espíritu de los pueblos, como hizo Felipe V”

En cualquier caso, el estado de las autonomías está hoy más que en entredicho. Los casos de Cataluña y el País Vasco son elocuentes.

O se llega a la separación, que es un camino legítimo, o, si existe una vinculación hay que buscar la armonía. Comprendo y respeto que si un día los catalanes, en su mayoría, deciden, de una forma razonable, separarse, lo hagan, y creo que en Cataluña se dan todas las condiciones para que eso pudiera pasar. De igual forma diría, si el pueblo vasco quiere la independencia, mi postura es que debe tenerla, y además cuanto antes mejor porque será la forma de curar una herida abierta de una vez por todas. Y será mucho mejor ser amigos del País Vasco que ser enemigos. Ahora bien, no es justo que la mayoría de los vascos no quiera la independencia y sin embargo le venga impuesta, eso yo creo que es lo más antidemocrático que puede existir. Es decir, esa expresión de la voluntad popular debe hacerse de una forma totalmente libre, fuera de toda violencia. Creo que lo ideal sería conseguir la garantía de que el pueblo vasco decida su futuro de una vez por



A la izquierda, Patio de las Escuelas. A la derecha, detalle de la plaza Mayor. Salamanca.



“La recuperación de la memoria histórica debe hacerse en su plenitud”

todas. La Constitución no lo permite, pues habrá que reformar la Constitución. Y eso lo veo perfecto. Ahora, lo que veo peligroso es el plan Ibarretxe, no por el plan en sí, sino porque me parece que está forzando las cosas, no veo que hoy día se den las condiciones ideales para que el pueblo vasco se exprese con toda libertad.

Recientemente ha publicado su biografía, *Diarios de un estudiante en tiempos de la Guerra Civil*. ¿Qué le movió a enfrentarse a esos recuerdos?

Yo quería que figuras que a mí me parecían maravillosas y que habían pasado con tanta desventura por la vida volvieran a vivir. Como mi hermano Enrique, que era una persona increíble, un hombre lúcido, humano, alegre, estudioso, una eminencia del Derecho, con alma de poeta. Yo estaba enamorado de él, me llevaba once años, imagínate, y perderlo como lo perdí... Todavía sueño con él.

¿Y qué le parece que el gobierno se haya propuesto recuperar la memoria histórica?

Me parece bien, cómo un historiador se va a oponer a la memoria histórica, si es uno de los fundamentos del historiador, ver la memoria, ver el pasado. Ahora bien, en su plenitud, lo que es un poco peligroso es recuperar solamente

una memoria histórica. Si hablamos de los represaliados por Franco, que fueron muchos, y que no tienen por qué estar silenciados, hablemos también de los represaliados por la República, que no tienen por qué estarlo tampoco. Hay que ver la realidad en todo su conjunto.

¿Y qué le parece el levantamiento de fosas?

Por qué no, pero todas, también las de Paracuellos del Jarama. Pero creo que hay que tener un poco de cuidado, porque se había llegado a una cierta convivencia. Por ejemplo, a mí Carrillo me parece un político admirable, importantísimo, por el que tengo además una gran simpatía, pero tiene un pasado, y si sacamos el pasado de los demás, no podemos olvidar el suyo. Eso no sería justo, y ahí está Paracuellos del Jarama, y aquello fue una matanza por razones de estado. Si dependiera de mí, no lo haría, ahora, si no lo hacemos con Carrillo tampoco convendría hacerlo con otras figuras.

La grabadora indica que llevamos 140 minutos de conversación. Podríamos seguir, porque charlar con don Manuel es fascinante, pero, seguramente, no acabaríamos nunca. Suele pasar con los sabios.

Museu de Lleida Diocesà i Comarcal

